



Laura Palacios*

Secretos, chismes, maledicencias...

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

I.

En el ángulo de los viejos mapamundis del siglo XV se encuentra un amplio espacio vago sin forma ni nombre donde están escritas estas tres palabras: Hic sunt leones. Este rincón sombrío también está en el hombre. Las pasiones rondan y rugen en alguna parte de nosotros, y también puede decirse de un lado oscuro de nuestra alma: "Aquí hay leones".

Victor Hugo

Leones que viven en nuestras zonas de sombra, que dormitan y se pasean moviendo sus colas indolentes. Sí, en esos huecos donde también anida el último y más guardado de nuestros secretos. Lugar y motivo de los íntimos pudores que no quieren ser revelados. Me referiré al poder nocivo de la palabra, a la potencia que esta tiene para azuzar a los leones, provocar el mal y diseminarlo.

Comenzaré con el chisme.

Hijo de la ligereza y del invento, el chisme es el pariente plebeyo del secreto. El secreto exhibe dignidad, prestigio. Se lo ubica en una mansión de escaleras alfombradas. Cerrojos, puertas y ventanas a prueba de lo indiscreto. Conoce íntimamente a la circunspección. Se codea con la sobriedad y la historia. Está ligado por línea directa al silencio y a la ética. Se dice heredero de la verdad y cena en casa del poder casi todas las noches. Y no solo Herr Rotschild tiene un pariente plebeyo al que tratar con famillonaria *politesse*, al que convidar si no hay más remedio, pidiéndole que entre por la puerta de servicio. Porque el secreto no es zonzo. Presiente que en las sombras y librado a su capricho primordial, el pariente plebeyo goza. Y el goce del chisme es corroer la dignidad del secreto. Hablar a sus espaldas, deshonorarlo, revisar los archivos, leer en su papelería íntima. Fabricar diminutas llaves ganzúa para violar (valga la redundancia) su *secrétaire*, abrir la caja fuerte y arrasar sus alacenas. Y, sobre todas las cosas, divulgar, divulgar y divulgar... Propalar el tesoro.

En su pasión extrema, el chisme se ancla en la finalidad de golpear, de herir, de ensuciar el cuerpo y la subjetividad de alguien. El chisme adquiere en este modo la dimensión perversa del insulto, de la injuria, que no cejan en el intento de confinar al otro como objeto de esa trama pulsional mortífera. (Staudé, 1994, p.116)

¿Cuál sería el interés del psicoanálisis en este reñido parentesco? En el seminario 3, Lacan (1959/1986) pregunta -y parece sorprenderse- por qué extraña razón el lenguaje tendría su eficacia máxima cuando consigue decir algo diciendo otra cosa. Se trata del decir.

Damos por sentado que el chisme es un hecho de lenguaje. De lenguaje, y, como tal, de deseo. En referencia a la habladería, escribe R. Barthes (1977): "La filología activa (la de las fuerzas de lenguaje) comprendería pues dos lingüísticas obligadas: la de la interlocución (hablar a otro) y la de la delocución (hablar de alguien). Allí situaremos al chisme" (p. 149). Veamos, pues, cómo ingresan estas dos lingüísticas en nuestro campo de interés.

Freud remarcó la incidencia del hablar en la estructuración del aparato psíquico. Estaba interesado en hallar las claves del proceso de pensamiento a la luz de los dos principios del suceder psíquico, y desde los primeros abordajes teóricos dejó establecido que el discurso reflexivo y articulable sale del preconsciente, y se rige por el principio de realidad. También subrayó que los pensamientos que están bajo el dominio del principio del placer son inconscientes y que solo llegan a la conciencia en la medida en que son verbalizados. Solo resultan accesibles por el artificio de la palabra articulada, y en la medida en que reina el hablar, cuando hay *Bewegung* = movimiento de palabra.

Con la salida de la caverna y el ingreso en el lenguaje, la criatura humana perdió algo para siempre. Perdió su relación natural con el mundo circundante. Pero la desvalida criatura no se rinde: esa pérdida de goce dejó una marca, una pulsación que busca y busca recuperarlo. A esa pulsación anhelante se la llama deseo.

Es en procura de cierta dimensión de goce en fuga que el ser humano se lanza hacia el discurso. A todas las modalidades del discurso. Corre hacia los otros, hace lazo, escribe, publica, declama, habla, escucha, difunde. La vida social es el caldero siempre agujereado (porque es caldero de palabra) donde se cocina, se condimenta y leva la masa del chisme, un producto que nunca es ajeno a lo pulsional, dado que lo pulsional es con y a través de un otro. Aprendimos con Lacan que la pulsión se origina ante la demanda del *a*, ese *a* que nos constituye como parlantes. Siguiendo esta vía, vemos hasta qué punto el giro de la rueda pulsional se vale de la máquina intersubjetiva para poner en juego el goce con la palabra. Injurioso o trivial, más falso que verdadero, el cotilleo está inscripto en los avatares de la vida cotidiana. Es cercano al chiste, ya que ambos fenómenos aderezan y dan consistencia al lazo social. Por eso son irradicables. Por eso se cuelan en la fiesta del lenguaje y en los pasillos de nuestras instituciones. Y no solo aceitan las bisagras del funcionamiento social, sino que nos recuerdan que estamos divididos. Que somos de luz y sombra. Que hay pelusa debajo de las alfombras. El chisme comparte con el chiste otra condición: depender de la presencia de un otro para seguir existiendo. También el relato necesita de un lector o un escuchante para alcanzar su cometido. Pero en nuestro caso particular, hablaremos de *la complicidad* del otro, porque el chisme es gregario, necesita testigos. Y, sobre todas las cosas, necesita de un tercero ausente y perjudicado.

La palabra *chisme* pertenece al habla corriente y se halla incómoda entre los términos psicoanalíticos. Tampoco figura en nuestros diccionarios especializados: hay que buscar en otras partes. Al respecto, La Real Academia Española es implacable: no cree en su inocencia. El máximo diccionario de nuestra lengua adjudica al chisme la malévolos intención de indisponer a unas personas contra otras. Junto con su sinónimo *murmuración*, se lo define como conversaciones en perjuicio de un ausente. Pero no queda duda de que “el efecto buscado es la caída de alguien: caída de la inocencia, caída de la apariencia sin mácula del pecado, caída del prestigio o del renombre e, incluso, del poder” (Staupe, 1994, p. 115).

Si bien es cierto que en sus formas livianas salpimenta la vida de los humanos, las malas lenguas no dejan de insinuar que se están refiriendo

a la rama femenina de la especie de Adán. Así lo dice La Fontaine: “Nada pesa más que un secreto, a las damas les resulta difícil llevarlo muy lejos”¹. De las fuentes etimológicas manan idénticas insinuaciones. Casi todas cargan la gestión del chisme sobre las gráciles espaldas femeninas. En el clásico *Museo del chisme* escribe Edgardo Cozarinsky (2005): “En inglés, la palabra *gossip*, chisme, designa en una acepción arcaica a cualquier mujer, y también, más precisamente, a la charlatana y transmisora de novedades” (p. 19). Otros autores, como el historiador John Forrester (1995), nos anotan de que la palabra inglesa *gossip* deriva de *god-sib*, que significa “parientes a los ojos de Dios”.

El dato proviene de la historia de la obstetricia y deja saber que, en el siglo XVII, los varones tenían vedada la asistencia a los partos. La *gossip* era la encargada de esos trances. Acto seguido, cumplía un rol interesante para una época en la que la mayoría de los niños eran expósitos. Acudía a la iglesia para atestiguar que el recién nacido al que se iba a bautizar era el mismo que ella había ayudado a traer al mundo. De esta manera –y transformada en *godparent* = madrina–, la comadrona ataba un lazo entre el misterio femenino del alumbramiento y el mundo del linaje paterno.

La lengua francesa nos alcanza algunas perlititas. *Potin* es el chisme y proviene de olla, *potine*. Este era un curioso adminículo, una especie de calentadorcito que las damas normandas llevaban a las reuniones invernales para mantenerse caldeadas. *Potiner* es conversar, cotillear a la lumbre del *potine*. Al fruto de esas charlas se le llama *potin*. Dice *Le petit Robert* que la expresión data de 1655, y adjunta esta idea de Maupassant: “El chisme es un signo de raza de pequeñas personas y pequeños espíritus”² (Robert, 1968, traducción propia). Leyendo al duque de Saint Simon, encuentro otra referencia. Louis de Rouvroy (1675-1753), par de Francia y cronista de Versalles, se tomó 43 volúmenes para narrar sin pelos en la pluma las intrigas de Luis XIV y su alborotada corte. Contó secretos de cámara, antecámara y alcoba. En 1985, la traductora Consuelo Berges seleccionó las crónicas más picantes en un librito de Tusquets, llamado *Retratos proustianos de cortesanas y otros personajes*. En esas deliciosas páginas vemos que para nombrar el chisme, la habladora maligna que causa estragos, el autor quiso referirlo al diablo. Al paladín del mal. En trance de mentar la relación que ligaba a la intrigante duquesa de Berry con su padre (el duque de Orleans), Saint Simon se pone sibilino y dice que esa intimidad “dio pábulo a las lenguas de Satanás” (p. 199).

Me detendré en este detalle. Creo que el chisme siempre está en tensión con algo no dicho, con un núcleo que, permaneciendo oculto, se deja suponer. ¿Y qué era lo no decible en el siglo XVII? Trescientos años después (y dando al chisme calidad de “pequeña historia”), la traductora nos lo susurra en voz baja y usando el discreto encanto del pie de página. Imitaré su prudente gesto³.

1. “Rien ne pèse tout qu'un secret, le porter loin est difficile aux dames” (traducción propia).

2. “Le potin es un signe de race des petites gens et des petites esprits”.

3. Referencia a las relaciones sexuales que se atribuían –y que la “pequeña historia” ha seguido atribuyendo– al duque de Orleans y a su hija (sic).

La raíz germánica de *chisme* se cuenta por partida doble. La primera es *navaja*, cercana al latín *schisma* y al griego *sxisma*: discordia, hendidura, punzamiento, incisión. Pienso en los desgarros que es capaz de causar una “lengua de doble filo” y también en Cocteau, que describe a la chismorreante pluma del duque de Saint Simón como un estilete capaz de perforar la página. La segunda raíz germana ya nos deja sin aliento. Es “partes genitales de la mujer”.

Circunstantes

Rafael Mejía Montoya (1989) ha puesto centroamericanos nombres a los que intervienen en la “actividad rumoradora”; para nosotros, el chisme. Iniciado en los principios de la teoría de la comunicación, el autor considera que esta práctica exige dos participantes: el rumorador emisor y el receptor transmisor. Usaré estas denominaciones solo en sentido funcional, ya que ambos participantes están ligados a un pacto. A un pacto doble y especular que les permite regocijarse. O sea: tramitar una dimensión de goce. Entiendo que todos los difusores del chisme no dejan de ser piezas de un superior engranaje al servicio del goce del Otro. Otro que se encarna en el amigo/confidente, en un grupo social y hasta en el público televidente. Si nos pusiéramos meticulosos, podríamos ver que la circulación del chisme comienza con un acuerdo, con una pequeña mascarada que pone en juego la intención de inmovilizar su carrera: “Jurame. Jurame que no va a salir de tu boca”. Que parezca un secreto. Un segundo pacto, más tácito y subterráneo, entraría en la gama de lo no dicho. Esa es la cláusula motriz, la que garantiza la supervivencia del chisme. La que da por sentado que ese receptor particular hará lo necesario para mantenerlo con vida. Se sabe: más temprano que tarde, ese receptor transmisor arderá en ganas de descoser la boca y dejarlo escapar... pero siempre bajo la condición de conservar su naturaleza furtiva. Porque el chisme, como ciertas vegetaciones exóticas, guarda su lozanía si es mantenido en la penumbra. Expuesto a la luz, se marchita y muere. Oscar Wilde denuncia: “En Londres hay muchas mujeres que coquetean con sus propios maridos. Es un escándalo que ofende la vista. Los trapos limpios no se lavan en público” (pág. 15). Seamos justos. No es correcto adjudicar al emisor receptor la responsabilidad en esta fuga; no todo depende de su infidencia. A causa de que el cotilleo es un relato creador de significados (“te cuento algo de alguien”), se comporta como una entidad de puro movimiento. Cozarinsky (2005) destaca que el chisme respira en el ámbito precario del tránsito. Su razón de ser es el devenir, el flujo. Y nada más cierto: ¡no nos bañamos dos veces en el mismo chisme!

Ficciones verbales

Entiendo que chisme es una práctica narrativa. Más modesto que el cuento y sin pretensión literaria, no deja de ser un relato que se fabrica para cautivar el interés de otro(s). Al interrogar las varias razones de esa atracción, observé que toda habladuría que bien se precie siempre deja sospechar otra red de asociaciones e inferencias. Una

razón sumergida que va más allá de los detalles que tiene a bien revelar. El más efectivo de los chismes parece dar a entender que, por algún motivo enigmático, no lo despliega *todo*. Que ha dejado afuera algún detalle relevante. Esto me deja pensar que existe una intención pulsando en su núcleo más profundo, un sustrato que permanece oculto y que obliga a poner en acción la máquina discursiva. Pensando estas cosas, volví hacia un tema que trabajó Ricardo Piglia y que siempre me pareció sugestivo.

En su “Tesis sobre el cuento: Los dos hilos”, Piglia (2000) afirma que todo cuento siempre dice dos historias, y que el arte del cuentista consiste en saber cifrar la segunda historia en los intersticios de la primera.

un relato visible esconde un relato secreto, narrado de un modo elíptico y fragmentario. [...] lo que es superfluo en una historia, es básico en la otra. [...] el cuento es un relato que encierra un relato secreto. No se trata de un sentido oculto que dependa de la interpretación: el enigma no es otra cosa que una historia que se cuenta de un modo enigmático. (p. 1)

En el caso del chisme, bastará con un guiño, la elevación de una ceja, un modo particular de ordenar las secuencias, un tono de voz. Al modo de la teoría del iceberg de Hemingway, dice Piglia (2000): “Lo más importante nunca se cuenta. La historia secreta se construye con lo no dicho, con el sobreentendido y la alusión” (p. 1). Cualquier similitud con la factura del chisme no es pura coincidencia. Y me autorizo a preguntar si ese segundo hilo pigliano no es el que vislumbra quien recibe la información cuchicheada. El ineludible receptor transmisor, que se ve tentado a seguir devanando⁴. Allí encuentra él su chance de engrosar, “mejorando” a su placer el contenido chismoso. En ese punto localizaré la incidencia del componente pulsional, la oportunidad de insertar en el relato un bocadillo propio. Impos-tergable impulso que le permite, a su vez, lanzar el producto un poco más lejos. (No diré hasta el infinito. *Infinito*. en nuestro caso, es una palabra demasiado trascendente).

Entendemos que lo que llamamos *ficción* no entra en el campo de lo verificable, no es verdadero ni falso, y trabaja con esos dos polos. Dado que el producto chismoso, no se ha casado con los hechos verdaderos, siempre resultará infiel. Desfachata y orgullosamente infiel. Eslabón de una cadena que se va modificando en el “boca a boca”, el chisme se arropa con lo que halla a su paso. En ese juego gana y pierde, se recorta y muta. Adquiere su toque particular, su nota de *suspense*, trágica, solemne, irónica, erótica o surreal. Y aunque se someta a ciertas leyes, el resultado de esos movimientos siempre será caprichoso e impredecible. No sabremos dónde acabará su travesía ni si es capaz de dejar un rastro en la pantalla del tiempo. En *Los secretos de Harry*, Woody Allen (1997) filosofa: “Nuestra vida depende de cómo la vamos

4. ¿Han visto a un gato tirar de la punta de un ovillo? “Al gato lo mueve el instinto; al humano, la pulsión” (Señor Perogrullo. Comunicación personal).

distorsionando”. Igual que la vida, el discurso chismoso –que es pura distorsión, puro *teléfono descompuesto*– se va alterando con las señas particulares de los sujetos que lo transmiten. Porque arrastra claves de la subjetividad. Es el ingrediente secreto que la celosa cocinera siempre escamoteará a su vecina. Es la marca constitutiva y no declarada del autor que torna imposible su donación.

De esto último, deduzco:

1. Cada hecho del acontecer de los otros devenido en chisme no se repetirá de manera idéntica.

2. El chisme es un decir que solo menta asuntos relativos al comportamiento humano. No se murmura acerca del estado del tiempo.

3. No todos los actos humanos están calificados para ingresar en el discurso chismoso. Nadie toma el teléfono a altas horas de la noche para difundir la sospecha de que Fulanita es una chica muy virtuosa.

Pienso que al punto más intenso, al *acmé* del chisme, no se llega de cualquier manera. Este deberá referirse a ciertos hechos que opacarían la parte más *regia* de la novela familiar. Me refiero a toda clase de actos delictivos, corruptos y que fallan a la ética. Al ridículo, las desgracias, las debilidades, el pasado difícil. Los orígenes humildes o sórdidos. Lo que se silencia para evitar el sufrimiento o la degradación social. Los secretos de familia, el adulterio, la existencia de padres indignos, de hijos ilegítimos, las relaciones incestuosas, los familiares estafadores, suicidas o dementes, casos de cónyuges homosexuales, de esposas de cascos livianos. Lo que circula *sotto voce* y es (¿cómo decirlo?) carne de culebrón. Todo aquello de lo que suele decirse que “huele mal”.

Volveré sobre el asunto olfativo.

Algunas diferencias

Todo chisme tiene veracidad potencial. Puede ser creíble; sin embargo, esa veracidad no es totalmente necesaria para su existencia y difusión. Su éxito no depende de la calidad o el número de fuentes, datos o pruebas.

En cuanto al contenido de la actividad rumoradora y a su modo de exponerse, situaré algunas diferencias. Por un lado, tendríamos la infidencia. La infidencia es solapada y perniciosa porque divulga un contenido más o menos verdadero. Este subtipo incluye un ingrediente lleno de espinas: la traición, pliegue donde el mal hinca su diente cizañero. ¿Hubo filtraciones en el recipiente del secreto...? ¿Se ha violado un pacto confidencial? Sí: lo que antes estuvo guardado, ahora es un secreto a voces. En un grado diferente, estaría la murmuración incierta, encargada de divulgar hechos que no tienen demostración. Se trata de un producto “tercerizado” al que nadie en nombre propio enunció. Sucesos que ninguno parece haber presenciado, quedando elidida la marca del autor: “Se dice por ahí...”, “Escuché que...”, “No sé si tendría que decírtelo, pero se comenta...”. Recordemos el inicio de “Las ruinas circulares” (Borges, 1956): “Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur” (p. 59). Ahí, ese *nadie es todos*...

Por último, tendríamos al chisme propiamente dicho, que diseña una invención irreal. El término fue acuñado en el siglo XV, y su origen es incierto. No todos los filólogos le otorgan a esta palabra una connotación agravante. El diccionario etimológico de Joan Corominas (Coromitas y Pascual, 1987), por ejemplo, lo define como una noticia falsa o mal comprobada, que circula como rumor. Casi una travesura, ya que lo hace proceder del antiguo *chinche* –del latín *cimex, incis*– en el sentido de “niñería”.

En nuestro opinar, este sería el terreno de la calumnia, de hacer el mal con las palabras, de echar a rodar su poder nocivo con la intención de dañar a alguien. El emisor sabe que miente, su intención es francamente injurioso y, como ya dijimos, en forma abierta o solapada, la maledicencia transporta una moción hostil. En las cercanías del mal, *maledicencia* es uno de los sinónimos de *maldecir*. El latín, *maledicentia* define la acción o el hábito de *maldecir*, denigrar, hablar con mordacidad acerca de un otro. El término proviene de *dicere* y *malus*: proferir palabras que invocan y llaman al mal. Entre sus sinónimos pueden citarse: blasfemar, condenar, criticar, execrar, imprecar, murmurar, ofender, renegar.

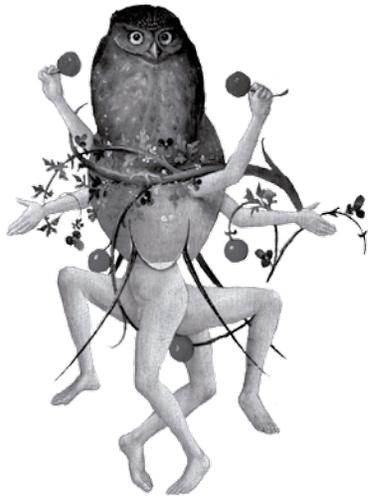
El intruso familiar

Pero ¿qué le sucede a la víctima del acto chismoso? ¿Por qué, algunas veces, el estilete se clava tan profundo que llega a rasguñar la membrana narcisista? Muchas veces el comadreo produce hendidura, punzamiento, incisión. Consideremos la importancia de mantener al margen todo aquello que es privado, velado, íntimo y personal. Aquello que no se desea ventilar ni compartir con nadie. Propongo lo siguiente. Verdaderos o falsos, puestos a rodar, estos dichos ponen en boca de otros algo que afecta el producto de la división subjetiva. El accionar del chisme pizpea –y a veces pone reflectores– sobre lo íntimo, el oscuro extranjero/familiar que nos habita y da sustento. Inquieta a ese intruso que detecta Freud en el *Proyecto*, un fundamento que a causa de la inicial división permanece y deberá permanecer al margen, no revelado. Se trata, en palabras de Lacan (1959-1960/1992), de “aquel elemento que resulta aislado en el origen por el sujeto, en su experiencia del *Nebenmensch* [complejo del semejante], como siéndonos por naturaleza extranjero, *Fremde*” (p. 67). En la página 19 de su libro *Historias del mal*, Bernard Sichère (1996) dice:

El mal, como mal radical, surge paradójicamente como la evidencia de algo extraño y amenazador que el sujeto experimenta y que desde el interior lo quebranta hasta el punto de arrancarlo de su propia coherencia. El mal es ese “corazón de las tinieblas” del que habla Joseph Conrad.

Hacia el final de *El cuarteto de Alejandría*, Lawrence Durrell (1962/1985) escribe acerca de un personaje central que ha muerto. Otro, un amigo, se dispone a revisar su correspondencia amorosa. Empezó a leer a la luz de las velas aquellas cartas íntimas y, de pronto, se vio anegado por una curiosa premonición. Una rara sensación





muy cercana al miedo. Tan perturbador es explorar los secretos más íntimos de la vida de otro ser humano. A medida que iba leyendo, ese sentimiento, lejos de disminuir, creció hasta convertirse en terror. Horror de lo que podía seguir... Sin duda, la intimidación del otro puede adquirir un sesgo ominoso e inquietante. Como un pozo infinito cuya cercanía produce vértigo. La destrucción de la intimidación no es un progreso, sino una peligrosa involución. Creo que se está perdiendo ese miedo reverencial, esa inquietud que provoca la reserva del otro. No hay nada que festejar si nos volvemos traslúcidos, si por alguna razón se desmantela esa pequeña caverna (tan *heimlich*) que íntimamente nos acoge, y cuya penumbra deja dormir a los leones.

Aunque sea por un rato.

II.

El secreto es una caja que se reserva el viento para distribuirlo según sus necesidades.
A.A. (Árabe Anónimo)

Ilustraré el reciente epígrafe con una nota histórica, narrada por Edgardo Cozarinsky (2005). En ella se observa en acción el viento, conocido disipador de palabras.

El 1° de julio de 1942, la embajada británica en El Cairo y las fuerzas armadas de Su Majestad apostadas en Egipto, alarmadas por el avance desde Tobruk de las tropas del mariscal Rommel, anuncio de ocupación inminente, decidieron quemar todo documento que no debía caer en manos enemigas. La operación fue realizada con tanto apresuramiento, echando al fuego tantos documentos al mismo tiempo, que muchos de ellos, impulsados por el calor de los incineradores, volaron muy alto sin consumirse totalmente, esparciendo sus restos chamuscados. Así fue como dos o tres días después de ese “miércoles de ceniza”, como la fecha pasó a ser recordada por los cairotas, el transeúnte que compraba un cucurucho de maníes a un vendedor ambulante solía recibirlos envueltos en una hoja de papel donde se podía leer un texto mecanografiado, en inglés, rubricado por sellos “reservado”, “confidencial” o “secreto”. (p. 51)

A ciertos lectores nos gustan las sorpresas. Como en la novela policial americana, en la en el momento más impensado llama el carterero con la prueba delatora. O en casos más ingleses, cuando aparece la huella del asesino en la tacita del té. Pero a veces los autores pulsán una tecla interesante: hacen vacilar nuestro punto de vista con un recurso parecido al chisme. Se trata de revelar el lado oscuro de un personaje intachable, el alto magistrado o la tímida *mosquita muerta* de la que inevitablemente pensamos: ¡pero quién lo iba a decir!

Dimos comienzo a esta comunicación mentando las relaciones del secreto con la ética, el silencio, la dignidad, y ahora la etimología (Lévy, 1976) viene a descubrirnos una antigua vinculación. Me refiero al origen oscuro de la palabra *secreto* y su raíz común con *excremento*. ¡Quién lo iba a decir!

El sustantivo *secreto* proviene del latín *secretum*; el adjetivo, de *secretus*, participio pasado del verbo *secerno*: separar, poner aparte. Pero el verbo *se-ferno*, en sí mismo, está compuesto por el verbo *ferno* y el prefijo *se-*, que indica separación, puesta aparte entre dos cosas. El verbo *ferno*, *crevi*, *cretum*, *cernere* constituye la raíz de la palabra *secreto*, que está asociada a una vieja operación agrícola: el tamizado del grano usando una criba (*cribrum*) o zaranda. Una vez pasado por la criba, el buen grano se aparta del desperdicio, de los residuos indeseables: en latín, *excrementum*. Más tarde, todos los sentidos figurados mantuvieron la idea de una operación de descarte y separación. Por ejemplo, *discernir*, significa distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, la paja del trigo. Los entendidos concluyen que *secerno* ha dado dos términos, uno es el que hoy nos interesa: *secreción* y *secreto*.

A modo de secuela, algunos autores psicoanalíticos descubren el erotismo anal tras el hecho de guardar o dejar escapar un secreto. Piensan el tamiz como una representación metafórica del respectivo esfínter y leen en la operación una mecánica de retención/incontinencia. A menudo este es representado como un contenido encerrado en un estuche o continente más o menos estanco. Decimos “coser la boca”, “en boca cerrada no entran moscas”, y las metáforas que usamos para referirlo son bastante interesantes. Algunas de ellas podrían anotarse en el mármol de una lápida. Al secreto “se lo entierra”, y a la persona que sabe callarlo se la compara con una tumba. “El secreto de la vida se encuentra en las tumbas cerradas”⁵ (Leconte de Lisle). Benjamín Franklin decía que un secreto puede ser guardado entre tres, siempre y cuando dos de ellos estén muertos. Pero no hay sepultura a prueba de ciertas palabras. Tiendo a pensar que aquellas enterradas y que componen el secreto son muertos-vivos que allí abajo, en la sombra..., que allí abajo, en lo húmedo..., siempre se estarán removiendo.

A veces se habla de violar un secreto como de violar a una virgen o a un sepulcro, o de entrar, penetrar en alguna intimidad. En otras, se toma al corazón como el receptáculo elegido para guardarlo. Es posible también ver la transmisión de un secreto como un acto de trasvasamiento, de verter líquidos de un continente a otro: “Tu secreto es tu sangre; si lo dejas escapar, morirás”. O como vasos comunicantes cuya materia bullente se filtra, se escurre, se vierte de boca a oreja. También abundan las metáforas culinarias. Para significar que un secreto ha sido revelado, suele escucharse “se descubrió el pastel”, “se descubrió el estofado” o “se destapó la cacerola”.

Los franceses, además de utilizar *découvrir le pot pourri* (la olla podrida), cuentan con una expresión bastante más refinada. Se trata del ambiguo y floral “Se descubrió la olla de rosas”...⁶ (traducción literal, su sentido es equivalente, en español, a “Se destapó la cacerola”). Claude Duneton, en el bonito libro *Le bouquet des expressions imagées* (Duneton y Claval, 1990) dice que esta expresión es una de las

5. “Le secret de la vie est dans les tombes closes” (traducción propia).

6. “On a découvert le pot aux roses”.

más antiguas y vivaces de la lengua, y que (justicia poética) su origen aún no ha sido develado. Solo se sabe que la rosa era, desde los latinos, el símbolo del silencio y el secreto. La expresión *sub rosa* (bajo la rosa) fue empleada en latín medieval con el sentido de “con gran secreto”. Posiblemente los valores eróticos de rosa, virginidad, himen no le son ajenos. En el siglo XIII, *découvrir le pot aux roses* significaba hacer ver el secreto de un asunto. Alguien, imprudentemente, con intención o sin ella, descubriría algo turbio que no debía difundirse. Desde el psicoanálisis, ¿no podríamos considerar que *le pot aux roses* es una alusión –por contraste– a *vase de nuit*?

Quien haya leído un poco de historia estará al tanto de que todas las monarquías han tenido funcionarios dedicados a transmitir y revelar secretos. En Gran Bretaña, la Reina Ana I ejerció su poder entre 1702 y 1707; acerca de ella se dijo que no parecía mujer en el hecho de que se destacaba en guardar secretos. La poderosa soberana (rama de los Estuardo) contaba con los oficios de un lord canciller cuya misión consistía oficialmente en brindar los llamados “informes al oído real”. En Viena, la gestión estaba a cargo del Consejero de Oreja, personaje áulico. Era una antigua dignidad carolingia, la *auricularius* de los viejos documentos palatinos: “el que habla en voz baja al emperador”. La práctica no ha desaparecido, pero nuestros funcionarios, ajenos hoy al título nobiliario, también son recompensados.

Por lo general, no existe secreto que no sea compartido. Lo mismo que el discurso chismoso, este se construye con la presencia de un cómplice y de uno o más terceros excluidos. Y lo mismo que el chisme, el secreto es un saber. Pero un saber escamoteado, al que se pone en reserva y se retira de circulación. Sin embargo, tarde o temprano, la ley de lo sumergido es el reflotamiento. “No hay nada escondido entre el Cielo y la Tierra”, reza el proverbio. Sobre todo en lo que concierne a las cosas del decir, y Freud lo sabía muy bien: somos dueños de nuestros silencios... pero esclavos de nuestras palabras.

Sin duda, el secreto es un saber cuya índole es el ocultamiento y la sustracción. Pero su marca distintiva no es la incognoscibilidad, sino el rechazo a ser divulgado. El secreto más eficaz se fabrica, se trabaja para evitar que haga serie o sistema. Usando un modelo botánico, diré que así como el chisme es más selvático y tiende a la arborización y al rizoma, un secreto bien guardado requiere un cuidadoso trabajo de poda. Sería como un pequeño jardín íntimo, a cargo de un jardinero laborioso. De ahí deduzco que una persona que mantiene una reserva altera su vinculación con los partícipes necesarios, en primer lugar, con el que comparte el contenido silenciado (“A quien digas tu secreto siempre estarás sujeto”). También se enrarecen los lazos con el tercero excluido. Porque desde el momento en que ese tercero detecta algún signo de ocultamiento, no halla reposo. Aguzará el oído, husmeará, atará cabos, revisará resúmenes de tarjetas de crédito, leerá rostros, cuentas de mensajes y celulares. También ejercitará la vieja práctica de “tirar la lengua” de quien se muestra reticente.

Creo que la sola existencia de un saber oculto agita los velos que cubren la escena primaria. Y conocemos los efectos de esa agitación

en quienes resultan apartados: se rompe la ilusión de unidad y de dominio, reviven viejos apetitos. Se despiertan los leones. A solas con su caudal fantasmático, estos no tendrán más remedio que usar su maquinaria deductiva y ejercitar los ya descriptos recursos del chismoso... Tal vez las consecuencias de silenciar un contenido afecten de distinta manera al propio interesado. Porque no siempre se pone en reserva lo penoso, la enfermedad vergonzante, los crímenes imperfectos. Lo que se guarda también puede adquirir para el custodio un valor agalmático. Transformarse en un arma de dominio, en entrañable e imaginario tesoro, fuente de regocijo narcisista.

Hacer el mal no es ajeno a estos movimientos, ya que el secreto siempre está en relación con alguien. Me refiero a aquellos datos ocultos que confieren poder sobre otras personas, que son un latiguillo para azuzar la curiosidad y la intriga. Un instrumento de manipulación y goce, que pone en juego la mentira y el disimulo. También, a la inversa, el develamiento de un secreto muy guardado producirá en la víctima sentimientos de alienación, vacío y desposesión. La política y la comedia de los sexos constituyen excelentes campos de juego, donde mejor se ejercita este deporte. Los analistas sabemos que lo que escamotean los secretos más profundos no es un saber banal, sino algo que ocupa un lugar aparte en el conjunto de los conocimientos de una persona. Esos contenidos que se encapsulan alteran profundamente su posición subjetiva. La sabiduría popular ha inventado una pavorosa sentencia: “Ni siquiera pienses en lo que no quieras que nadie sepa”. Hay secretos muy difíciles de mantener. En este caso, al celoso guardián aún le queda un recurso: sucumbir. Entregarse al alivante imperativo de hablar. Hablar, hablar.

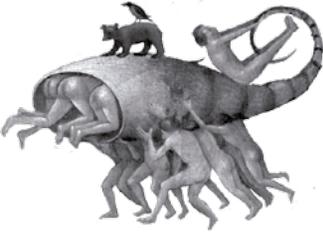
Resumen

El ensayo reflexiona sobre el poder nocivo de la palabra, de su potencia para azuzar el mal y diseminarlo. El chisme es un hecho de lenguaje y de deseo: no ajeno a lo pulsional y al goce. Como fenómeno, siempre permanece en tensión con algo no dicho, lo que permite articular el discurso chismoso con la “Tesis sobre el cuento. Los dos hilos”, de R. Piglia: todo cuento esconde un relato secreto, narrado de un modo elíptico y fragmentario, y el arte del cuentista consiste en saber cifrar la segunda historia en los intersticios de la primera. El secreto se relaciona con la analidad y la mecánica retención/incontinencia. No es ajeno al mal, se construye con un cómplice y un tercero excluido. Es un arma de poder e intriga.

Descriptor: *El mal, Goce, Injuria, Intimidación, Maldad, Secreto.*

Abstract

The author discusses the harmful potential of words and their power for inciting and spreading evil. Gossip is a phenomenon of language and desire, closely related to the drives and jouissance. As such, it is always in tension with something unsaid, a fact that articulates gossip discourse with R. Piglia's “Thesis on the short story: The two threads”; every short story conceals a secret narra-



tion, told in an elliptic and fragmentary way. The story-teller's art consists in cleverly weaving this second tale into the interstices of the explicit story. Secrets are related to the anal and its mechanics of retention vs. incontinence. A tool of evil, they are constructed with an accomplice and an excluded third party. They are weapons of power and intrigue.

Keywords: *Evil, Jouissance, Libel, Intimacy, Wickedness, Secrets.*

Referencias

- Doumanian, J., Aronson, L. (productores) y Allen, W. (director). (1997). *Deconstructing Harry* [Película]. Estados Unidos: Fine Line Features y Hollywood Pictures.
- Barthes, R. (1977). *Fragmentos de un Discurso Amoroso*. México: Siglo XXI.
- Borges, J. L. (1956). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé.
- Corominas, J. y Pascual, J. A. (1987). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- Cozarinsky, E. (2005). *Museo del chisme*. Buenos Aires: Emecé.
- Duneton, C. y Claval, S. (1990). *Le bouquet des expressions imagées: Encyclopédie thématique des locutions figurées de la langue française*. París: Seuil.
- Durrell, L. (1985). *El cuarteto de Alejandría*. Barcelona: Edhasa. (Trabajo original publicado en 1962).
- Forrester, J. (1995). *Seduciones del psicoanálisis: Freud, Lacan, Derrida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1974). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- Goldstein, V. (2011). *Diccionario de locuciones y modismos franceses*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Lacan, Jacques. (1986). *El seminario de Jacques Lacan, libro 3: Las psicosis*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959).
- Lacan, J. (1992). *El seminario de Jacques Lacan, libro 7: La ética del psicoanálisis*. México: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960).
- Lévy, A. (1976). Évolution étymologique et sémantique du mot *secret*. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 14, 117-119.
- Mejía Montoya, R. (1989). El chisme y su relación con lo inconsciente?. *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*, 14(1), 97-121.
- Piglia, R. (2000). *Formas breves*. Barcelona: Anagrama.
- Robert, P. (1968). *Dictionnaire alphabétique y analogique de la langue français*. París: Societé Du Nouveau Littré.
- Saint Simon, duque de (1985). *Retratos proustianos de cortesanas y otros personajes*. Barcelona: Tusquets.
- Sichère, B. (1996). *Historias del mal*. Barcelona: Gedisa.
- Staudé, S. (1994). El goce en la palabra: El chisme, un preludio a la sublimación. *Contexto en Psicoanálisis*, 7, 1-11.